

X

UNA CONCIENCIA PURA

Cuando nos acontece un suceso terrible en el que hemos estado pensando durante mucho tiempo, experimentamos de una parte estupor, y de otra cierta tranquilidad. Tal sucedió á Francisco cuando vió desaparecer á aquellas dos mujeres iniciadas de una manera tan cruel y repentina en los dolores y culpas de su pasado. Esta extraña impresión de asombro y relativa calma en la extrema desgracia es tan inherente á la humana naturaleza, que la vemos escrita ya en las páginas de la historia que nos narra las grandes hecatombes, ya en las páginas miserables de la vida privada. ¿Acaso no demuestra lo que dicho queda, el ejemplo del emperador Napoleón, que después del desastre de Waterlloo, logró dormir por espacio de muchas horas? Y es que el alma mejor templada siéntese incapaz de soportar indefinidamente el terrible peso de la incertidumbre; los grandes males que nos acaecen nos producen el momentáneo alivio de la certeza, en lo que se han disuelto y condensado las horribles tinieblas de la duda.

Pero, ¡cuánto nos cuesta tan pasajero y fugaz alivio! porque, después, á los pocos instantes, volvemos

los ojos á aquella misma incertidumbre que dejaba espacio á la esperanza. Diremos con otras palabras lo que dijera el emperador sentado en las rocas de la isla de Santa Elena:

— ¡Cuántos años hace que en tal día como hoy desembarqué de la isla de Elba! El cielo estaba cubierto de nubes... ¡Si viese ahora aquellas nubes me curaría!

Grito sublime en el que se exhala toda la amargura, toda la impotencia de una nostalgia como hombre alguno sintió jamás... Así como el César del presente siglo tuvo su derrumbamiento, así también Nayrac sintió derrumbarse toda su soñada felicidad y también volvió los ojos á aquellas horas amargas y tristes de dudas infinitas al través de las cuales creía vislumbrar la esperanza de guardar en su corazón el secreto de los remordimientos y angustiosas torturas que envolvían su pasado.

Por el momento sentíase aliviado de un peso enorme. Ya no tenía que mentir. Ya no volvería á penetrar en el laberinto de las hipocresías y vergonzosas ficciones. Nada tenía ya que ocultar á la Condesa ni á su prometida. Solo en el salón empezó á pasearse admirándose de la súbita calma con que afrontaba tan terrible situación, ya clara y distintamente presentada.

La llegada del doctor Teresí, que tuvo que atravesar el salón antes de penetrar en el cuarto de Enriqueta, de nuevo le trajo á la realidad de la situación, haciéndole ver los peligros que entonces le amenazaban. La penetrante mirada del médico siciliano le causó profundo disgusto, que aumentóse después de

la consulta. Era el doctor hombre perspicaz y había advertido por muchos indicios que entre Francisco Nayrac y Enriqueta existía, indudablemente, un drama de amor.

— ¿Cómo ha encontrado usted á la señorita Scilly? — le dijo Francisco con ánimo de adelantarse preguntándole: — No es más que una ligera indisposición ¿verdad?

— Hoy no podría responder á usted, mañana veremos — contestó el doctor. — Existe un estado nervioso que me preocupa... En esos temperamentos que son todo sensibilidad, las impresiones morales obran con tanta energía como la ponzoña. La señora Condesa me ha dicho que la presente crisis ha sido determinada por una mala noticia inopinadamente anunciada. No me cansaré de repetir á usted lo que á esa señora he dicho: hay que evitar á toda costa á esa señorita las más leves emociones; de lo contrario, la verá usted día por día y hora por hora ir empeorando; repito que es como un envenenamiento...

En estas frases se encerraba una alusión vaga, una amistosa advertencia que un médico, interesado por una enferma, se permite hacer á las personas llamadas á cuidarla. La fisonomía y el acento con que las pronunciara no dejaron duda alguna á Francisco. El médico le creía causa de la enfermedad de la joven y juzgaba con cierta severidad su conducta sin conocerla bien. ¿Qué pensaría de él la señora de Scilly? ¿Lo sabría? ¡Cuán comprometida iba á ser su situación! ¡Un hombre que fingiendo amor pide á una joven en matrimonio, prometiendo hacer su felicidad y empieza por herirla en lo más íntimo del alma!

Aquella señora que una hora antes le había dicho que le consideraba como si fuera hijo suyo, aquella madre cariñosa que quería á Francisco por lo que éste amaba á su hija, ¿qué le diría ahora?...

No le atormentó mucho tiempo esta pregunta. Aún no había transcurrido un cuarto de hora desde que el doctor salió, cuando se presentó la Condesa en el salón. En aquel momento experimentó Nayrac la primera impresión dulce después de aquellos días de tormento. Tras la preocupación que en el semblante de la Condesa se dibujaba, pudo notar Francisco una profunda piedad; la piedad generosa de la mujer ante el hombre menos culpable que desgraciado.

No; no había mentido al decirle que le quería con amor de madre, porque teniendo el derecho, casi el deber, de condenarle firmemente, aún encontraba para él, ya que no perdón, por lo menos caritativa simpatía delicadamente expresada, cuando le dijo:

— Pensando el mal rato que estará usted pasando, he dejado sola á Enriqueta un momento... Para calmar también mi inquietud. Me precisa obtener de usted una promesa...

— ¡Ah! señora; cuanto usted me pida; cuanto ella me pida será para mí orden que obedeceré. Me hallaba dispuesto á ello antes de que usted me lo dijese con esa bondad que eternamente le agradeceré...

Cogió la mano á la señora Scilly para besársela y en tanto que resbalaban sus gruesas lágrimas por ella, continuó:

— Yo la suplico á usted que extreme su bondad para conmigo; que no me oculte usted nada; que me

diga usted cuanto Enriqueta la haya dicho. ¿Qué ha oído? ¿Qué sabe, qué piensa de mí?

— ¡Ah! yo bien quisiera que ella me lo hubiera dicho, pero esa misma inquietud la siento yo también... ¿Qué ha oído de su confesión de usted? Lo bastante para saberlo todo; tal creo. El temblor de todo su cuerpo que he sentido entre mis brazos me lo demuestra... ¿Qué piensa de usted?... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Si yo misma no lo sé!... Cuando la he preguntado antes de llegar Teresí, se ha puesto á llorar en vez de responderme, pero con tal vehemencia que no me atreví á insistir, y como el doctor ha prescrito con tanto interés que no se la impresione en lo más mínimo, no he creído prudente hacer alusión alguna á lo que hubiese podido comprender... Sólo yo sé lo grande que es su inocencia. La misma pureza de ideas que llevó á su primera comunión conservaba esta mañana, hace dos horas, antes de que tuviésemos la fatal idea, usted de confesármelo, yo de escucharle, sin tener en cuenta que tan cerca estábamos de ella... Créame usted, la inocencia de mi hija conservada por mí cual sagrado depósito de pureza, es para mí el mayor orgullo, y cuando pienso que las más crueles realidades de la vida le han sido reveladas de tal modo, no me perdono el no haber comprendido que ella trataría de impedir á toda costa que yo le preguntase á usted y que iría á evitarlo... ¡Ah! ¡Nunca se borrará de mi memoria la impresión que me causó al verla tras esa puerta cuyo umbral no se atrevió á franquear!... ¡Si la hubiéramos oído abrir! Pero hubiera sido tarde; una sola palabra sorprendida hubiera sido bastante para inundar su alma de inquietud

horrible. Créame usted; ha oído toda la confesión de usted. ¡Lo he leído en sus ojos! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué habrá deducido de ella?...

— Y cuando le dijo usted mi nombre, ¿qué le respondió? — interrogó tímidamente Francisco.

Aquella queja de la Condesa era para él mucho más cruel que si le hubiese dirigido los peores insultos. Y al interrumpirla trataba de indagar lo que Enriqueta pudiera sentir por él. ¿Acaso no dependía de ello la tranquilidad de su alma?

— ¿Qué respondió cuando pronuncié su nombre de usted? — repitió la Condesa. — Pues, nada. Cerró los ojos con tal expresión de sufrimiento, que no me atreví á insistir... — Después, con visible disgusto, continuó: — Francisco; teniendo en cuenta que la presencia de usted puede ocasionar mayores males á mi hija, yo le suplicaría que inmediatamente...

— ¿Qué?... — interrumpió Nayrac temblando. — ¿Quiere usted que me vaya, no es verdad? Marcharme á París y dejar á ustedes en esta situación me sería muy penoso...

— Precisamente á París, no. Lo que importa es que espere usted fuera de Palermo el resultado de la entrevista que yo tenga con Enriqueta. Aquí no podemos cambiar de modo de vida ni continuarla como hasta aquí. Váyase usted mañana en el primer *express* á Catania. Cuestión de unas horas de aquí. Puede usted, á un aviso mío, venir cuando sea preciso. ¡Estar aquí tan cerca de Enriqueta... expuesto á encontrarse con ella, á que crea siempre que ha visto usted á esa mujer!... Perdóneme usted si le hablo con franqueza, pero mi interés de madre me pide que parla

usted... debemos preverlo todo... Es preciso que mi hija se restablezca... Haga usted ese duro y cruel sacrificio, aunque sólo sea por su amor hacia ella...

— ¿De modo que usted cree que me llamará? ¿cree usted que ella me perdonará; que yo no he perdido todos mis derechos en el corazón de Enriqueta?... Esta esperanza me daría fuerzas para soportarlo todo. Mañana me iré, pero ¡cuán triste partiré! ¡qué cruel angustia entretanto, esperando el apetecido y posible perdón; sí, posible; puesto que usted misma no me ha condenado...

— No; pobre amigo mío — dijo la Condesa moviendo su encanecida cabeza; — no se forje usted ilusiones juzgando á mi hija por mí misma. Yo no tengo que condenar á usted ni absolverle. Si le dijese á usted que no le creo culpable, mentiría. Pero, he comprendido cuánto ha sufrido usted, y creo en su arrepentimiento y en su amor á mi Enriqueta. Que ella le quiere á usted con verdadera é intensa pasión, acabo de verlo comprobado. He aquí por qué no puedo, aun teniendo en cuenta su confesión de usted, echar sobre mí la responsabilidad de romper ese matrimonio... Por todo cuanto usted me ha dicho, he comprendido, no sin profunda pena, que yo no le conocía á usted tal como en realidad es. Crea usted que si lo que acabo de saber lo hubiera sabido la víspera del día en que me pidió usted á mi hija, mi respuesta hubiera sido mucho más severa que lo es hoy, cuando ya Enriqueta ha entregado á usted su alma entera con un cariño que ella misma no sospecha... Hace un momento, cuando estaba mirándola, esperando al médico, lo he visto claramente... Si existiese

ante usted, — continuó después de una pausa, — un deber, creo que la pena de mi hija no sería obstáculo para decirles á ustedes: es preciso que ese deber se cumpla; é interpondría toda mi autoridad para una separación. Pero, confieso que no veo tal deber. Lo único que á usted incumbe respecto de esa niña, de la pobre Adela, es impedir á todo trance que llegue á sospechar un día la falta de su madre. Así parece haberlo comprendido también Paulina, puesto que nada quiere con usted. No queda, pues, de ese pasado más que el recuerdo de faltas muy graves que usted cometió, ayer por pasión, hoy por flaqueza. Creo que su cariño de usted para mi hija es tan verdadero, tan fuerte como es preciso para lavar pasadas culpas y hacer de usted un marido leal y honrado... Pero, yo no soy Enriqueta. Cuando hace un instante le dije á usted que no se forjase ilusiones, juzgando á mi hija por mí, quise darle á entender en pocas palabras algo que pudiera herirle en el alma. Faltas como las de usted, una mujer que ha vivido mis años las comprende y sabe que pueden muy bien conciliarse con hermosas cualidades del alma, teniendo en cuenta la sociedad y educación del día... Pero, Enriqueta es una niña...

— ¿Es de decir; que usted cree que ella no me perdonará? — preguntó Francisco temblando.

— No he dicho eso — respondió la condesa, — al contrario; espero que sí... pero, si he de ser leal para usted, debo prever el caso posible de que en el alma de mi hija se opere un cambio súbito, uno de esos desengaños ante los cuales todo sucumbe. Si ella firmemente me dijese que no quería ser su esposa, crea

usted que no podría yo luchar contra tal resolución...

— Usted, entonces, me llamaría, para que yo me defendiese ante ella, para que yo la suplicase...

— Ese es mi deber de madre — interrumpió la señora Scilly. — He demostrado á usted siempre y ahora mismo demasiada simpatía para que usted dude de mi sinceridad al afirmarle que yo la diré en defensa de usted todo cuanto pueda y deba; todo cuanto usted mismo pudiera decirle. Entre usted y ella sólo podía haber el perdón de ella y el arrepentimiento de usted, sin una palabra...

— La obedeceré á usted — dijo el joven después de un corto silencio.

Cogió la mano de la condesa, y besándola de nuevo, añadió:

— Al confiar á usted todas las probabilidades de mi dicha futura, las confío á la persona á quien más respeto en el mundo...

— ¡Ah! — exclamó la madre de Enriqueta. — Si usted desde el primer día me hubiera confiado su secreto, ¡cuántas penas se hubieran ustedes ahorrado!...

Semejante diálogo no era, sin duda, lo más á propósito para facilitar la marcha prometida. Por ciega que fuese la fe de Nayrac en el elocuente cariño de la señora Scilly, érale muy duro dejar abandonado su pleito de amor, cuyo resultado podía ser tan trágico para Francisco, sin defender él mismo sus derechos... Mas las razones expuestas por la madre eran demasiado convincentes para no someterse á ellas. Mientras hacía la maleta solo ya en su cuarto para evitar los comentarios del fiel Vicente y demás criados, cruzaban su pensamiento las frases culminantes de la

reciente conversación, y cuanto más reflexionaba sobre ellas más resaltaba en su mente su incontestable lógica.

Las cotidianas costumbres de la vida común no le permitían permanecer bajo el mismo techo que la joven enferma, exponiéndola de este modo á una agravación en su enfermedad. No; no podía defender su causa ante Enriqueta sin pronunciar palabras que sus labios rehusarían decir ante aquel sér inocente y casto á quien tanto adoraba. La señora Scilly había comprendido perfectamente el contraste que existía entre la pureza de su hija y la situación de Nayrac. En aquella alma virginal, ya herida profundamente, ¡no hallaría cabida el perdón como lo halló en el corazón de la señora Scilly, dispuesta á perdonar al que sabía que profesaba á su hija ferviente amor, natural indulgencia en una madre.

Aquellos sentimientos despertados en su novia hacían imposible la permanencia de Francisco en el hotel; pero al mismo tiempo comprendía que al marcharse no sólo se separaba de Enriqueta, sino de otras personas. Sentado en su cuarto, una vez terminados los preparativos, pensó que no volvería á ver á la niña cuya presencia había sido causa de su actual situación. Si le perdonaba la señorita Scilly, sería condición indispensable de tal perdón que dejasen todos á Palermo y que Francisco considerase como muertos para él á Paulina Raffraye y á su hija. La condesa le había dicho que debía romper en absoluto con su antigua querida... Mas ¡ay! que de nuevo sintió Nayrac en su pecho aquella voz de la sangre que con tal fuerza se le manifestó ante la asom-

brosa evidencia de su paternidad ignorada, claramente impresa en la cara de la niña.

Sintió en su corazón una viva protesta ante el dolor de no ver más á su hija; protesta unida á la pena de no ver tampoco á su prometida... Cuando al siguiente día, á las cinco de la mañana, el carruaje que le conducía á la estación dobló la esquina de la torre del *Continental* al trote lento de sus dos caballos, sintió Francisco que seguía librándose en su agitado corazón la misma batalla de la víspera. La idea de su hija le causaba tanto mal como el recuerdo de Enriqueta.

—Las dos... ¡Adela y Enriqueta!—murmuraba arrojándose ante el frío de aquel amanecer de Diciembre.—¿Acaso es un delito amar á las dos? ¿Lo sería si yo me hubiese casado con Paulina, hubiera yo envidado y me hubiese casado con Enriqueta? No. El delito no está en ese conflicto de sentimientos. Está fuera. Ese conflicto no es más que una expiación. ¡Pero cuán cruel! ¡Otros más culpables que yo han podido rehabilitarse! Y yo me veo perseguido por la negra sombra de mi pasado... ¿Es que nunca me curaré?... No, jamás. ¡Y á qué tanto sufrir si nada puedo hacer por la pobre Adelita; nada!... ¡Oh! ¡Dios mío! Dejadme al menos á mi Enriqueta...

Para obtener la solución á este problema que con tanta ansiedad se proponía, en tanto que el tren rápidamente se alejaba de Palermo en aquella mañana que envolvía en sus brumas al ondulante mar matizado de gris y azul, á las montañas oscuras y abruptas y á las llanuras pobladas de olivos y limoneros; para conseguir la clave del enigma, hubiera tenido

que entrar Nayrac con la señora Scilly en el cuarto de Enriqueta. La melancólica luz de aquel día en que todo parecía respirar aire de despedida, se armonizaba con el pálido y sombrío semblante de la joven. Retratábase en sus ojos azules la intensa fiebre de que era víctima su agitado espíritu.

La Condesa, que había estado toda la noche pensando con qué palabras más dulces y cariñosas abordaría la situación, se sintió incapaz, como la víspera, de provocar cerca de su hija la temida confianza. La mirada de Enriqueta habíase transformado; ya no expresaba, como veinticuatro horas antes, la feliz y confiada ignorancia. Otras ideas dibujábanse en las pupilas de la joven. Sentóse la madre á la cabecera del lecho en donde reposaba aquella cabecita rubia tan querida, y ni se atrevió á indagar el sufrimiento que la aquejaba. Así como dijo á Nayrac en su entrevista, pudo comprender la Condesa que su hija lo había oído todo, pero no pudo adivinar qué dedujo de ello Enriqueta. ¿Y cómo no vacilar ahora al querer pronunciar palabras tan distintas de las que siempre habíanse cambiado entre madre é hija? Y sin embargo, eran inevitables, supuesta aquella revelación, súbita é incompleta á la vez, que tal estrago produjo en el alma de la joven.

La señora Scilly no se engañó al pensar que su hija era incapaz de haber ido á espiar secretos aunque éstos afectasen á la vehemente pasión que su novio la inspiraba. Si se había detenido tras la puerta entornada, era porque en aquel mismo momento oyó la voz del hombre á quien se había solemnemente prometido que decía: «Dudé de la niña; creí que yo

no era su padre... y por lo que después siguió, no abrigó duda alguna de que aquel hombre la había estado engañando. Lo que verdaderamente la había herido de modo más terrible y violento fué el choque brutal de su alma inocente con las realidades groseras de la pasión carnal, indescifrable enigma para una doncella honrada y pura como Enriqueta, y como ella, exquisitamente educada en la sana moral. Pero á los veinte años la inocencia mayor no es ignorancia absoluta, y ésta era la edad de Enriqueta. Obsérvase un fenómeno psicológico así como una media luz suave, indeterminada, casi indefinible que rodea el alma de la joven. ¿Cómo traducir en términos precisos ese vago instinto del sexo; cómo expresar ese dudoso despertar de la naturaleza dormida, pero ya completa, ayudada por el trabajo inconsciente del cerebro? ¿Cómo analizar por sutil y minucioso examen la influencia de cada uno de los elementos de iniciación que supone, aun para la joven más honesta, el matrimonio de la amiga íntima, por ejemplo, cuya casa continuó visitando como en otro tiempo, con quien habló libre y confiadamente y á quien ve acercarse á la maternidad? Pues bien; todo ese conjunto de circunstancias femeniles se resumen para la joven en un presentimiento que á veces toca en espanto. Es la impresión profunda que agita un alma sensible ante la idea de esas relaciones misteriosas entre el hombre y la mujer de las que nacerá una nueva existencia, un ser que hace surgir en el seno de la virgen el corazón de la madre.

En cuanto á los extravíos del amor fuera del matrimonio, la mayor parte de los jóvenes de tales con-

diciones ni aun les adivinan, y si por acaso, merced á una lectura peligrosa ó á una conversación indiscreta, llegan á comprender que una mujer puede faltar á sus deberes, antes lo atribuyen á coqueterías que á ciertas aventuras como las que Francisco contara, condensada en algunas frases demasiado transparentes para dejar duda, y demasiado misteriosas también para causar en el corazón de Enriqueta terrible espanto. Y uníase á aquel espanto el recuerdo del acento del dolor con que su madre había dicho ante la confesión de Nayrac. «¿Y si ella me pregunta, qué le diré?»... Este recuerdo la atormentaba de un modo cruel. Hallábase luchando con la idea de que trataban de engañarla para casarla... ¿Y á quién podía dirigirse para comprender claramente aquel terrible secreto que había sorprendido sino á su misma madre, á aquella madre leal y buena que estaba allí á su cabecera, sentada y silenciosa en aquella mañana de brumas?

Aquel silencio estaba lleno de ternura de la que Enriqueta tenía tantas pruebas. No era otra cosa que acendrado cariño aquel respeto al dolor, aquella piedad ilimitada que sentía la madre hacia su hija cuyo corazón herido no se atrevía á tocar. ¡Oh! ¡cuán intensa fué la emoción de la madre al sorprender en aquellos ojos azules la misma expresión que notara la víspera! No se engañaba; el súbito rubor que teñía su semblante atormentado, anunciaba que aquel corazón oprimido de pena iba de nuevo á entreabrirse. Y si la preguntaba ¿qué iba á responderla? En sus largas meditaciones de la noche y madrugada última habíase fijado su voluntad en la única deci-

sión que pudiera influir en aquella alma enferma. Resolvió contestar clara y sencillamente á todas las preguntas que la joven la hiciese. No las provocaría, ciertamente, pues que tanto le costarían; pero su deber era no evitarlas si había de confortar el abatido espíritu de su hija.

—Mamá—empezó á decir Enriqueta—supongo que no me habrá usted juzgado capaz de ir á sorprender secretos espiando?... Pero como me dejó usted sola... Tuve miedo de aquella conversación de la que yo era causa y quise impedirla... llegué hasta la puerta y la abrí sin llamar como suelo hacer. Ustedes no me oyeron... no me atreví á dar un paso más... y tuve que apoyarme en la pared... parecía como si me hubiesen roto los pies...

Y al evocar el recuerdo de aquella escena cerráronse de nuevo sus ojos y temblaron sus labios. Su madre, en tanto, acariciaba lenta y suavemente los rubios cabellos de su hija, diciendo:

—No necesitas justificarte... Te conozco muy bien para sospechar que te impulsase un móvil mezquino... Y aunque así no hubiese sido no tendría fuerzas para reprenderte por ello. Bastante era tu castigo. Después añadió:—¡Oh! ¡Dios mío! yo sabía que tú eras lo que yo amaba más en el mundo... ¡cuando en el umbral te estreché contra mi corazón, entonces supe cuánto era lo que yo te amababa, pobre hija de mi alma! Nada te pregunté... respeté tu dolor... le respeto ahora. Sólo quiero curar tu pena, mitigarla. No olvides esto...

—¡Ay, madre mía!—repuso la joven oprimiendo entre sus manos ardientes las de su madre.—Pasados

unos minutos, con voz más baja, como avergonzada y teñidas de carmín sus mejillas, dijo.

—¡Ay, madre de mi alma! Dijo que Adelita era hija suya...

—Tú lo oíste—murmuró la condesa comprendiendo que su hija no se atrevía á formular la pregunta que le quemaba el corazón.—Es verdaderamente terrible que una mujer casada tenga un hijo que no sea de su marido... Pero, cuando entres de lleno en el mundo verás que, por desgracia, eso es frecuente. Tú que eres tan buena cristiana no olvides lo que Nuestro Señor dijo á la mujer adúltera: «No te condeno...»

—Y esa niña—continuó Enriqueta—lleva el apellido de otro hombre... Me habló de él la otra noche en la fiesta, me preguntó si le encontraría ella en la otra vida... ¿Y si ese hombre viviese, la creería hija suya?..

—Sin duda—respondió la señora Scilly.

—¿Y la madre sabía que aquel hombre no era el padre de la niña y no se lo diría?... ¿Y le dejaría besarla delante de ella? ¿Y esa mujer, cuando su niña rece, la mandará que rece por su padre como yo rezo por el mío?... ¡No tiene temor de Dios!... ¡Oh! ¡Qué infame mujer!...

—Acaso sufre mucho—repuso la condesa.—¡Cómo sufriría mucho cuando viese besar á su hija al marido á quien engañó!... Debes comprender que no será tan mala esa mujer, supuesto que viuda y libre, ha observado una conducta que parece irreprochable. ¡Ah! ¿Si tú supieses cuántas infelices mujeres se extravían en los senderos del amor prohibido, por la

venda que ponen ante sus ojos, ya el medio en que viven, ya las falsas creencias sociales, ya la falta de religión, ya el mal ejemplo ó ya también la crueldad de un marido?... Después, cuando cae la venda de sus ojos y ven las consecuencias de su fragilidad, es demasiado tarde; están perdidas...

—¿Y su ceguedad es tan grande que les lleva hasta las más atroces mentiras?... ¿Y aun cuando una mujer pueda alegar las excusas que usted dice, puede alegarlas un hombre?... ¿La señora Raffraye no dejó á su marido?..

—No.

—¿Y... él...—preguntó la joven en voz más baja aún—conocía al marido?..

—No lo ha dicho, pero es de suponer...

—¿Iría á su casa? ¿Le daría la mano? ¿Se sentaría á su mesa?..

—No te atormentes con suposiciones, hija mía; sabes que él ha sido culpable; esto basta. No te fijes en detalles que sólo te sirven de martirio y te quitan la lucidez de ideas... sé indulgente...

—¡Ay! No puedo, madre—exclamó con acento de profunda pasión y de sufrimiento infinito...—No puedo... Parece que estoy viéndolos... que les oigo decirse que se aman...

Cerró los ojos con fuerte parpadeo. La única imagen que á su inocencia podía representarse se ofrecía ante los ojos de su alma celosa y herida... La imagen de Francisco abrazando á Paulina, y repetía:

—La decía que la amaba mucho... también á mí lo decía. Y sabía que aquella mujer cometía una traición. ¿Cómo puede amarse lo que se desprecia? Y,

sin embargo, la amaba, él lo ha dicho. ¡Ah! Ya no me asombro de que me mintiese; el hombre que abrigaba sentimientos tan bajos y vergonzosos es capaz de todas las mentiras...

—Sentimientos acaso también muy dolorosos...— interrumpió la Condesa.— Ese desprecio en el amor de que hablabas, es el más terrible castigo de las pasiones criminales. Tú misma le has oído confesar que ese desprecio le llevó hasta á dudar de aquella mujer, y esta misma duda le llevó hasta á dudar de la niña, de su hija... Pensó que la mujer que había traicionado á su marido podría traicionarle á él mismo... Francisco no se creyó padre de esa niña que lleva en su cara la prueba más evidente, aquella semejanza que tanto te admiró, y que tanta impresión le causó cuando vió aquí á Adelita. Una casualidad fué ese parecido y otra casualidad fué el encuentro con la niña después de tanto tiempo. Dos casualidades funestas. Piensa tú cuánto sufriría cada vez que se acordase de la infeliz criatura y cuántas veces se diría: «jamás sabré si es mi hija». Piensa en sus remordimientos cuando al fin lo supo en el terrible encuentro; en aquello que para él fué suplicio en vez de ser causa de alegría inmensa. Acuérdate de su horrible inquietud la noche de Navidad á que antes te referías. Al decirte yo esto no es por defenderle, no; es para demostrarte que si su falta fué grande, grande fué también su expiación, y que tiene derecho á tu perdón, que yo quisiera le otorgases como yo acabo de hacer. Firmemente te aseguro que al adquirir la evidencia de su ignorada paternidad, ha pagado su deuda con creces...

—¡Mamá!—exclamó Enriqueta con dolorido acento—acaba usted de poner el dedo en la llaga... Lo que me desespera es que me haya mentido, que haya podido amar á una mujer indigna. Pero ambas culpas le perdonaría; llegaría hasta suponer que quiso evitarme un disgusto; que fué víctima en su juventud de ímpetus que yo no comprendo en mi absoluta ignorancia. Pero lo que no puedo perdonarle es la acción monstruosa que implica el no haber tratado de indagar cosa alguna acerca de su hija en los nueve años transcurridos. Usted misma ha pronunciado contra él la palabra más terrible. Ha dicho usted que la casualidad le hizo tropezar con su hija... ¡La casualidad! Pues qué, ¿no debió él de haber apurado todos los medios de saber la verdad, antes de correr el riesgo de dejar á su hija abandonada? ¡Un hombre á quien yo tanto ensalzaba! ¡A quien creía dechado de lealtad y honradez! ¡Pensar que ese hombre haya sido capaz de conducta tan infame para con esa pobre criatura! ¡Pensar que hay tantas gentes honradas que adoptan al infeliz niño abandonado por padres desnaturalizados y que él ni aun trató de desvanecer dudas que un solo golpe de vista hubiese disipado! El mismo la dijo á usted, que sólo verla le bastó para comprender...

— Además — interrumpió la Condesa — hay otra explicación, y es que la niña no lo necesitaba, que Francisco no tenía ni tiene hoy derecho á ocuparse de la pobre criatura; para eso está su madre...

— Pero ¿y si esa mujer hubiera sido mala madre?

¿Si por culpa suya las dos hubiesen caído en la miseria? ¿Y si esa mujer hubiese muerto, en qué situación tan horrible quedaría la infeliz niña? ¿Y si...

— No debes forjarte todas esas quimeras... No sabemos lo que hubiera hecho Francisco en el caso de que esa niña en vez de ser rica y mimada hubiera sido desgraciada y pobre...

— ¡Ah! — dijo la joven — ¡pero si él no pudo saberlo!

La Condesa no halló respuesta á propósito. Los razonamientos de su hija tenían cierto poder incontestable, la fuerza de la lógica que encierra un alma pura y honrada. La señora Scilly sabía á qué atenerse respecto á su hija. Esta había oído toda la confesión de Nayrac, y de ella había deducido cuanto le permitía su ignorancia de la vida material del amor; ante sus arraigadas convicciones morales no hallaba excusa alguna al solemne y tremendo compromiso que tan tris e aventura suponía.

Solo el amor desinteresado y generoso podía triunfar de aquella indignación, sólo el amor podía curar su alma noble y pura, herida en lo más profundo. En aquellos momentos se manifestaba aquel amor en la joven por un cruel sufrimiento. De ello pudo convencerse la Condesa cuando, después de una pausa y reanudando la conversación, no para defender á Francisco, sino para justificar la resolución que creyó prudente adoptar, la dijo:

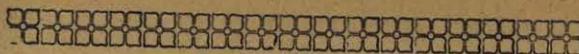
— No removamos ese fondo de amargura; y ahora deja que te ponga al corriente de lo que he hecho...

Como el doctor ordenó que procurásemos evitarte la más leve emoción, he juzgado lo más prudente para Francisco y para ti que no os encontráseis juntos aquí en el hotel y le he pedido que se vaya...

— Se ha marchado... — dijo Enriqueta, y sus facciones denotaron una ansiedad que fué para la Condesa como la primera esperanza del perdón que tanto deseaba obtener de su hija. Prodigándola nuevas caricias, repuso para calmarla:

— Pero, no creas que se ha ido á París. Está en Catania donde espera lo que tú decidas... Le he dicho que yo te hablaría y que quedabas en libertad de romper tu matrimonio si no te encontrabas con fuerzas para perdonarle... Por más que sea asunto muy grave el romper unas relaciones tan avanzadas, repito que eres libre... Yo me limitaré á comunicarle tu respuesta que él acatará sin protesta como yo misma... Lo que te pido es que reflexiones maduramente... Cuando se trata de adoptar una resolución que ha de decidir de todo el porvenir, toda prudencia, toda reflexión es poca... Piénsalo bien... Hoy—añadió besando á su hija tiernamente,—no hablemos más de ello; sólo conseguiríamos aumentar nuestra pena... Bastante sufres, hija mía; lo que yo quiero ahora es cuidarte, mimarte como cuando eras niña, como cuando te sentabas á trabajar junto á la ventana de tu cuarto de estudio. ¿Te acuerdas qué obediente eras cuando yo te decía que tuvieras ánimo para dar tus lecciones? Pues con el mismo cariño, ahora te digo que tengas buenos ánimos para recobrar la salud. ¿Me obedecerás como entonces?...

— Los tendré, madre, — respondió la joven uniendo su frente á la boca de su madre, apoyándola para prolongar la bienhechora influencia de aquel beso, — la obedeceré á usted en todo, pero ¿cómo podrá usted quitar de mi alma la desesperación que me causa el pensar lo que pienso del que yo tanto amaba?...



## XI

## EL CALVARIO

No obstante la exhortación tan animosa que á su hija había dirigido la señora Scilly, sintióse ésta no menos apenada y triste que Enriqueta durante aquella tarde y todo el día siguiente. Pudo desde luego observar que el estado de excitación nerviosa de la enferma continuaba; la joven no dormía, ni comía, ni lloraba. Parecía como si todas las funciones corporales hubiesen quedado paralizadas en aquel organismo violentamente herido por la funesta revelación. El visible desconcierto y perplejidad del médico la preocupaban grandemente, y llegaba á pensar que acaso aquella terrible sacudida pusiera en peligro la vida de su hija. Sabía que la pena mata á veces de un modo lento pero inevitable, como el más mortal veneno. Aumentábase su melancolía ante la fecha en que tales sucesos acaecían; el fin de año con tanta ansia esperado para pasar á las fronteras de la felicidad. Pero no brillaban para ellos en aquellos días ni la luz de la dicha ni la del sol oculto por una espesa cortina de lluvia, una de esas lluvias del Mediodía inagotables, eternas.

¡Cuán triste acompañamiento á su pena formaba